

Rostros de la precarización laboral



Lizeth Viviana
Salamanca
Galvis
**Líder de
Comunicaciones
del CCS**

*Comunicadora
social con énfasis en
periodismo / Magíster
en Responsabilidad
Social y Sostenibilidad*



La informalidad en Colombia es pan de cada día. A dónde quiera que se mire, se pueden hallar rostros de este fenómeno. Está en las calles, en los vendedores ambulantes, los domiciliarios, limpiavidrios, lustrabotas y recicladores; está en los hogares, en las empleadas domésticas, los trabajadores “freelance”, plomeros, albañiles y maestros de obra; está en los vecindarios, en las tiendas

de abarrotes, los talleres de mecánica y las carpinterías; está en el campo, en los trabajadores agrícolas, pescadores y jornaleros...y así, la lista podría continuar.

El llamado “rebusque” tiene una presencia notoria en la economía nacional. Datos del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane) indican que la proporción de ocupados informales fue cercana al 56 % para el trimestre marzo-mayo de 2024. En otras palabras, casi que la mitad de la población trabajadora del país no cuenta con acceso a protección social ni prestaciones legales, un aspecto crucial que de-

termina las condiciones de seguridad, salud y bienestar.

Y aunque la economía informal proporciona una vía de subsistencia para muchas familias colombianas, también perpetúa la precariedad laboral y limita el acceso a derechos básicos como la salud, la pensión y la seguridad social.

Aquí presentamos las historias de cuatro trabajadores que encarnan los rostros de la precarización. Sus testimonios representan una fracción de la realidad que viven, día a día, miles de colombianos para llevar un sustento a sus hogares.

Por la ruta de la supervivencia

Cristian Numpaque, repartidor a domicilio

Reportaría: Johanna Valencia Grimaldos

No importan las inclemencias del clima, el trayecto a recorrer, el número de solicitudes o la premura del tiempo, Cristian siempre procura hacer su mejor esfuerzo para retirar y entregar a tiempo los domicilios que le asignan en la plataforma digital para la que trabaja.

Su rutina diaria es un reflejo de la creciente economía digital, donde la flexibilidad y la autonomía se contraponen a la falta de seguridad y apoyo. Provisito de su propia moto como principal herramienta de trabajo, pasa sus días recorriendo las calles y avenidas en Bogotá y sorteando el caos del tráfico capitalino.



Dice que su labor no es nada fácil. La primera dificultad que enfrenta Cristian es la falta de orientación y directrices claras. A diferencia de los trabajos tradicionales, donde hay inducción y seguimiento, él debe valerse de su propia habilidad y experiencia para desempeñarse. "En este trabajo nadie está pendiente de uno, nadie se entera de cómo va su día y nadie lo apoya cuando tiene problemas. Uno solo tiene el conocimiento que le ha dado la vida", comenta.

Por eso, reconoce que, aunque la independencia que le ofrece su trabajo puede parecer atractiva, lo deja sin el respaldo de un equipo que se preocupe por su bienestar. A eso, le suma la falta de acceso a los beneficios de la formalidad laboral, como la afiliación a salud y pensión o el pago de prestaciones sociales. "Aquí, no hay garantías frente a los accidentes. Nadie le reconoce días de incapacidad. Si uno se cae y descansa, pierde días de trabajo, entonces, en muchos casos, prefiere estar débil y trabajar en esas condiciones que dejar de generar ingresos para la familia", cuenta. Además, la imposibilidad de cotizar para una pensión adecuada lo deja en una incertidumbre

sobre su futuro: Cristian es consciente que en la vejez no tendrá los ingresos necesarios para subsistir y eso le preocupa profundamente.

A pesar de esto, Cristian encuentra aspectos positivos en su labor. La flexibilidad le permite compartir tiempo con su familia y trabajar a su propio ritmo. No obstante, estos beneficios, a menudo, suelen ser una ilusión. Admite que muchas veces debe "doblar" en su jornada para compensar los "días malos" de trabajo.

Las razones le sobran para anhelar un trabajo decente, el cual define como formar parte de una empresa que se preocupe por él, que le brinde apoyo en momentos de necesidad y que garantice un salario digno con un horario adecuado y garantías de estabilidad y seguridad.

"Yo si quisiera que, de alguna forma, en Colombia se lograra hacer algo para que el trabajo de los repartidores a domicilio, fuera un poco más vigilado o formal, que pudiéramos tener un jefe que nos organice el transporte, los turnos, la disponibilidad y un ingreso que nos permita darles a nuestras familias la calidad de vida que se merecen", concluye.

Hogar levantado con "buena sazón"

Elvira Álvarez Santa, vendedora ambulante de tamales

Reportaría: Alejandra Omaña Vergara

De sus 72 años, Elvira ha dedicado media vida a la venta de tamales. Oriunda de Purificación, un municipio tolimese, esta mujer supo aprovechar sus habilidades culinarias y la herencia gastronómica de su pueblo natal para montar un negocio en Bogotá.

Lo hizo en la localidad de Puente Aranda, en un sector donde pululan los lavaderos de buses intermunicipales. A ese lugar Elvira llega cada fin de semana, bien de mañana, armada con una canastada rebosante de tamales que

desprenden humo y un aroma tentador, monta su puesto y se dispone a atender a la clientela que ha conseguido en los últimos 35 años.

Así fue como, a punta de madrugadas, hojas de bijao y buena sazón, Elvira logró brindarles un techo, educación y comida a sus cinco hijas.

Ama su trabajo y se enorgullece de él. Agradece a Dios porque nunca le ha faltado la salud y porque, según relata, jamás le ha pasado "nada". Quizá la rutina



la ha hecho olvidar las innumerables veces que se ha quemado las manos con el vapor caliente de las ollas o las cortadas que se ha llevado picando carne y vegetales; quizá jamás ha reparado en el esfuerzo físico de cargar el peso de esos tamales o en la falta de ergonomía de su puesto de calle. Quizá nunca ha sido consciente de los riesgos de su oficio.

Solo se queja de tener que aguantarse las ganas de ir al baño durante horas porque no puede descuidar su puesto de venta, de lo difícil que es conseguir a alguien que le ayude porque pocos se le miden a iniciar su jornada a las cuatro de la mañana y de la Policía que, de vez en cuando, la persigue por ser vendedora informal.

Pero Elvira no renuncia a su oficio. Es su fuente de ingresos actual. Ella, que nunca tuvo acceso a un empleo formal, que no pudo ahorrar para asegurar una pensión y no recibe ayuda alguna del Estado, debe continuar su

labor, a la que define como un “trabajo decente” porque es honesto. Finalmente, como ella misma dice, es un trabajo gracias al cual “no le ha quitado a nadie nada” y, por el contrario, “se lo ha dado todo”.



Del Caribe a la capital, un apoyo esencial para muchos hogares

Jennifer Murillo, niñera y empleada doméstica

Reportaría: Carolina Antolinez Figueroa



La falta de oportunidades laborales en Riohacha, La Guajira, y la difícil situación económica por la que atravesaba su familia, llevaron a Jennifer Murillo a migrar a Bogotá en busca de una mejor calidad de vida hace siete años.

Llegó a la capital, a los 27 años, dejando a su hijo de 9 al cuidado de su madre. Aunque no tenía un título de bachiller, contaba con experiencia en labores de aseo.

Desde entonces, trabaja como niñera y empleada del servicio doméstico en varios hogares de la ciudad. Cuenta que ha tenido suerte porque han sido varias las familias que le han abierto las

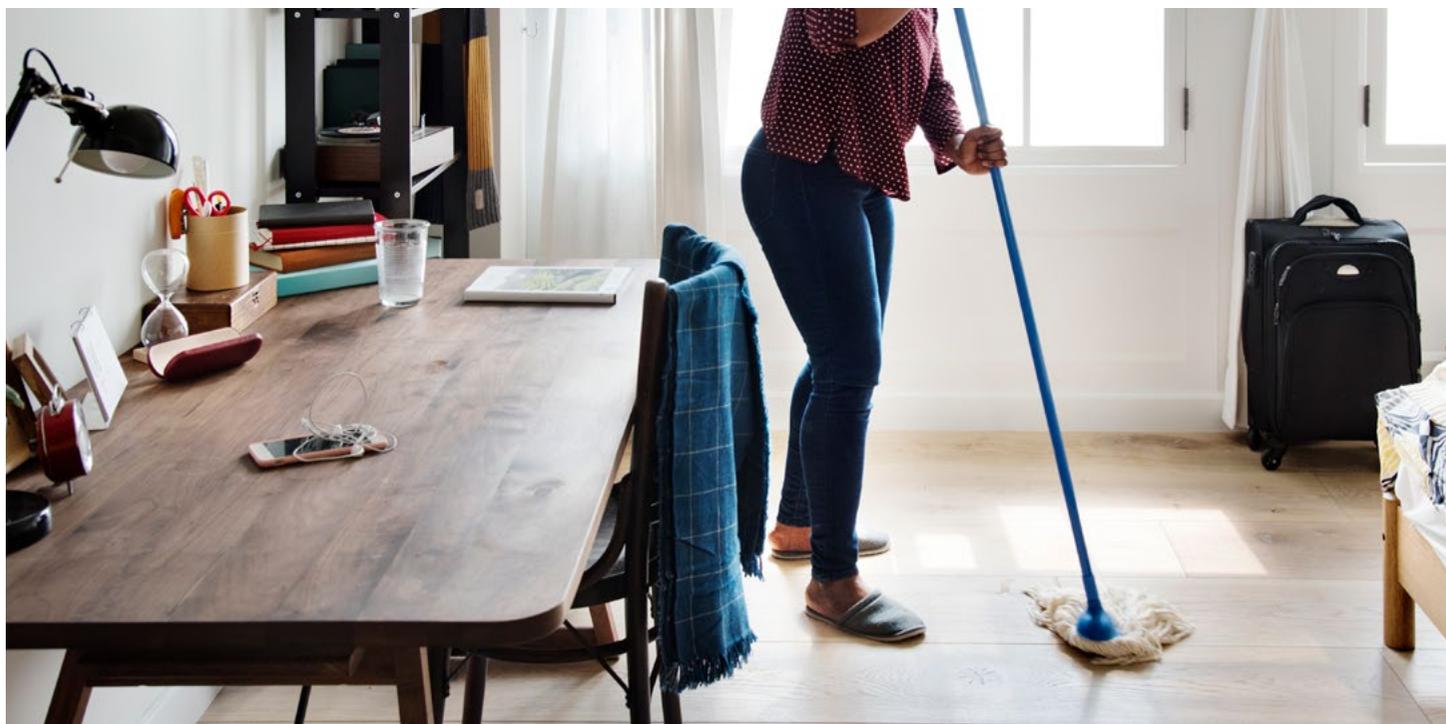
puertas, han confiado en su trabajo e, incluso, le han dado recomendaciones laborales para desempeñarse en otras casas y, así, poder aumentar sus ingresos.

Para desarrollar sus labores de limpieza, explica que solo exige guantes y tapabocas para protegerse del polvo y lidiar con la suciedad. Del uniforme, usualmente, se encarga ella. Sus nociones de seguridad en el oficio que desempeña son más bien limitadas y las asocia a permanecer atenta, quizá, a las funciones que le encomiendan sus patrones.

Cuenta que, para su fortuna, hasta el momento no ha sufrido ningún accidente y se considera una persona “sana” aunque la salud, desde su perspectiva es solo “estar bien físicamente”.

Reconoce que realiza cotizaciones como independiente a la seguridad social, un esfuerzo mayúsculo si se tiene en cuenta que, de los ingresos que devenga como empleada doméstica dependen su hijo, su mamá, sus dos hermanas y sus sobrinos. Con ellos, espera fundirse en un abrazo cada diciembre, cuando retorna a su tierra para pasar unos días de descanso.

Finalmente, Jennifer considera que un trabajo decente es aquel que se desempeña de manera responsable, respetuosa y juiciosa, definición que hace alarde de los valores inculcados en su hogar. Sin embargo, cuando se le pregunta por las garantías sociales, replantea su respuesta como si se tratara de un anhelo: “un trabajo fijo donde pueda tener todos los beneficios y todo lo que se refiere a salud”.



Fuerte como un roble

Mario Rico, campesino y agricultor

Reportería: Viviana Salamanca Galvis

Por las calles de la vereda 'El Salitre' en inmediaciones de la zona rural del municipio de La Calera, Cundinamarca, se le ve andar, con los primeros albos del día, a Mario Rico. En sus manos lleva dos cantinas de leche de vaca, cada una de 25 litros que venderá, puerta a puerta para lograr "el producido del día".

Así reúne mensualmente para pagar el arriendo de la finca, hacer mercado para él y su esposa y comprar los medicamentos para menguar, lo que llama "esos achaques de la vejez".

De vez en cuando, destina para la venta parte de la cosecha que le dan los pequeños cultivos de papa y cebolla que tiene en su parcela.

A sus 70 años, este hombre de figura menuda, manos callosas y piel curtida por el sol, relata que no alcanza a completar un salario mínimo, pese al esfuerzo que le exige su trabajo diario.

Su jornada arranca a las 5:00 a.m. con el ordeño de las nueve vacas con las

que cuenta. Luego, se va a vender la leche en un recorrido largo y extenuante por las empinadas calles de La Calera. Regresa a su finca sobre las 10 de la mañana ya con las cantinas vacías a remover tierra, regar semillas, cuidar pastizales, hacerles mantenimiento a las cercas y pastorear su pequeño rebaño. Y así, hasta que finaliza sus labores con la puesta del sol.

"El trabajo en el campo es muy desagradado, porque es duro y la recompensa bien bajita", dice sin poder ocultar la melancolía en la voz. Sabe que ya no podrá disfrutar de una pensión porque nunca estuvo afiliado al sistema de seguridad social y por eso, trabajará hasta que "Dios así lo disponga".

A pesar de su edad, se considera un hombre vital, "fuerte como un roble". Ni el machetazo que recibió por accidente en su pierna derecha cortando maleza hace varios años, ni la cornada de una vaca que recién había dado cría, ni la neumonía que lo atacó alguna vez producto de las fuertes heladas



de la sabana cundiboyacense lograron menguar su tenacidad.

Todas son anécdotas que Mario recuerda con algo de gracia, como hechos fortuitos. Para él, la seguridad laboral o la protección social son conceptos ajenos, desconocidos. Su verdadera preocupación es no poder volver a casa con el sustento diario o que el clima traicionero le arrebatase la salud de sus cultivos. Mientras pueda ser un hombre productivo, todo lo demás estará bien. ^{RS}